

# LA ESPAÑA FEDERAL

DIARIO REPUBLICANO INDEPENDIENTE.



Núm. 19.—Sábado 22 de Marzo de 1873.

Director, Enis Blanc.

Año primero de la República en España.

## SUSCRICION

á favor de las viudas y huérfanos de Jesús Nieto, Agustin Rodríguez y N. Izar, guarda-frenos y maquinista del ferro-carril del Norte, inicuamente asesinados por los carlistas.

Invitamos á la prensa toda y á las empresas de ferro-carriles para que presten su cooperacion á esta idea.

Queda abierta la suscripcion en la redaccion de este periódico.

Suma anterior.	110
Máxima Conde de Rodríguez.	5
Juan Rodríguez.	5
Ciudadano D. C.	8
Ciudadano B. R. C.	6

TOTAL. 134

(Continúa abierta la suscripcion.)

## LA ESPAÑA FEDERAL.

Madrid 22 de Marzo de 1873.

### CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Notable fué la sesion de ayer por el brillante discurso del Sr. Castelar.

Seguindo el debate sobre la abolicion de la esclavitud, el Sr. García Lomas impugnó el artículo 1.º. Debía contestar el Sr. Boza, pero cedió la palabra al inimitable tribuno republicano, hoy ministro de Estado, que una vez más nos probó que es siempre su mejor discurso el último que pronuncia. Digno, levantado, elocuente como nunca, el discurso del señor Castelar llamará la atencion de Europa entera, colocando la tribuna española á notable altura.

Declaró que los hombres que hoy ocupan el poder, serán consecuentes con las doctrinas que sostuvieron en la oposicion. Esto espera el país y de este modo se harán dignos del aprecio de todos y merecerán bien de la patria y la historia les guardará una página brillante.

Demostó que la abolicion es un principio de equidad, de derecho y de justicia, abundando en las oportunas citas históricas con que adorna sus discursos y aduciendo irrefutables argumentos, que arrancaron á la Asamblea unánimes y espontáneos aplausos.

Dijo que la abolicion es ya una cuestion de honra para España, una cuestion internacional y rechazó con energia la idea de intervenciones extranjeras, declarando que preferiria mil veces la ruina y la destruccion de España.

Estas dignas palabras pueden servir de contestacion á los que suponen imposiciones de los Estados Unidos, y á los que nos hablan un día y otro de intervencion; de tal modo, que parece que la desean.

Ardua empresa seria, por no decir imposible, la de hacerse cargo punto por punto de todos los detalles del discurso del Sr. Castelar. Si para analizar debidamente una obra debe tener el crítico el mismo caudal de conocimientos, el mismo talento que el autor, difícil nos parece que haya nadie que se atreva á criticar el discurso de que nos ocupamos.

Solo diremos, pues, que despues de oír al Sr. Castelar la cuestion de la abolicion de la esclavitud está juzgada. Los mismos que á ella se oponen, llevados por la magia de su pala-

bra, dejándose llevar por sus argumentos, magnetizados, digámoslo así, por su elocuencia, eran los primeros en aplaudirle.

Nosotros felicitamos al Sr. Castelar por su nuevo triunfo y emplazamos á los radicales intransigentes que hoy le han aplaudido, á que mañana voten en contra. Si tal hacen, ¿cómo justificarán su inconsecuencia?

### ENERGIA Y ADELANTE.

Ya en nuestro primer número, hacíamos presente al Poder Ejecutivo y al partido en términos claros y precisos, que era de todo punto necesario seguir una conducta franca, enérgica y decidida, afrontar con ánimo sereno las innumerables dificultades que se habían de oponer á la iniciativa y libre accion del Gobierno, resolviéndolas de una vez y con recto juicio, si se quería consolidar la República, dándole verdaderas condiciones de estabilidad.

Indicábamos tambien, los grandes inconvenientes de las vacilaciones y de la indecision en los hombres que marchan á la cabeza del partido, inconvenientes que no conseguirían salvar, con prudentes promesas ni falaces coaliciones, deduciendo en definitiva, que la mision del partido republicano y con mayor razon, la de los que en las esferas del poder le representan, no era, ni podía ser otra, que cumplir lealmente nuestro programa, garantizando la libertad en todas sus manifestaciones, por medio del más severo respeto á las leyes que se dictasen.

Para conseguir este resultado, nada más conveniente y justo, que adoptar medidas verdaderamente revolucionarias, traduciendo en decretos nuestros principios, sin que en este camino nos detuvieran habilidosos cabildos, imprudentes amenazas, ni la pasiva y tenaz resistencia de nuestros enemigos.

Conformes en esta idea y este procedimiento, los periódicos todos que enarbolan la bandera republicana, un día y otro han venido pidiendo al Poder Ejecutivo, mayor iniciativa y resolucion que la desplegada hasta hoy, si se quería no gastar las fuerzas del partido en inútiles batallas; y á pesar de tan leales y convenientes consejos trascurren los días, sumidos en la inaccion más peligrosa é inexplicable.

¿A qué razon puede obedecer esta conducta? ¿Qué obstáculo se opone al cumplimiento de nuestro programa?

No será ciertamente el temor ó la duda, que fuera imperdonable en nuestros hombres. Creemos con mayor facilidad que al considerar la enconada oposicion que los viejos partidos nos hacen, al ver que no vacilan en esgrimir, aun las más traidoras armas, con tal de dificultar, ya que otra cosa no les permita su descrédito y su impotencia, la consolidacion de la República; al apreciar los inmensos peligros y conflictos que nos crea la permanencia de una Asamblea sin objeto y sin prestigio, pretenden conseguir por la persuacion, la templanza y la prudencia, que la reflexion y su propio interés, les hagan comprender lo antipatriótico de su resistencia.

¡Engañosas esperanzas! ¡Lamentable error es este, que ha de producir necesariamente desastrosas consecuencias!

¿Green que han de resignarse gustosos á reconocer la razon y la justicia que nos asiste al pedir que dejéis libre paso á la idea regeneradora? Pues si esto creen, escasas pruebas dan de su intencion política y conocimiento de la triste situacion que atravesamos.

¿No ven cómo se repiten con frecuencia escandalosa los tumultos y desórdenes en la Asamblea sin que nada provechoso pueda obte-

nerse en definitiva? ¿No consideran que la falta de representantes impedirá que se vote nominalmente ninguna ley que no les convenga? Pues si nada pueden esperar mas que el desprestigio, ¿por qué no piden su disolucion? De este modo podría dedicar toda su atencion al restablecimiento de la legalidad más estricta en todas las esferas y en todos los terrenos, despues de haber realizado nuestro credo. Esta conducta salvadora sería indudablemente aplaudida por las próximas Constituyentes, y los hombres que hoy forman el Poder Ejecutivo merecerían la admiracion, el aprecio y la gratitud del partido republicano y de todo el pueblo español.

En cambio, la inaccion que hoy consume nuestras fuerzas, nada bueno puede producir, como no sea permitir y proteger la reorganizacion de nuestros enemigos y dar tiempo á que ambiciosos y miserables intrigantes propaguen y fomenten la anarquía y el desorden y como consecuencias inevitables, produzcan el desprestigio y la muerte de la República que han prometido defender.

Emprendan, pues, el camino de las reformas que el pueblo tiene derecho á obtener, prescindan para ello de los elementos hostiles á su iniciativa, sea la que quiera su procedencia, que *facultades bastantes tiene todo gobierno revolucionario*, para dictar las medidas conducentes á la salvacion de las ideas que representa y á la de los grandes y verdaderos intereses sociales.

No necesita para esto, buscar peligroso apoyo en coaliciones imposibles, que hartos elementos de resistencia encuentra, por desgracia en su camino. Busque la razon de sus actos en la voluntad del pueblo, única fuente hoy de poder y podrá abrigar el firme convencimiento, de que sus decretos serán defendidos y sancionados en su día.

Si de otro modo obra; si desoyendo los consejos unánimes de los verdaderos republicanos, se deja engañar por falaces promesas, ó se abate y amilana ante las dificultades y los peligros que entraña la azarosa situacion que atravesamos; finalmente, si en vez de dominar la marcha de los sucesos con enérgicas medidas, que á la par que inspiren confianza y entusiasmo á su partido, destruyan los contrarios manejos, se deje arrastrar por ellos, lejos de merecer la admiracion, la gloria y el aplauso, solo obtendrá del partido, del pueblo y de la historia, el anatema, el olvido y el descrédito.

Medité el Poder Ejecutivo y que su patriotismo decida, si es ya hora de sustituir la actividad á la inaccion.

Nuevamente tenemos que ocuparnos del estado de nuestro ejército, porque un día y otro se vienen repitiendo esos actos de insubordinacion, que comentados y exagerados por nuestros enemigos llevan la intranquilidad á los ánimos.

Nosotros no podemos ocultar que *algo* pasa y *algo* muy grave. No debemos, sin embargo, juzgar de ligero y por esta razon acogemos con reserva las noticias que circulan en este sentido porque queremos analizar despacio lo que sucede.

Ya otra vez, ocupándonos de este asunto, manifestamos nuestra profunda conviccion de que los indignos manejos de los constantes enemigos de la República, son los que promueven estos conflictos.

Hoy con nuevos datos podemos afirmarnos en lo que llevamos expuesto en vista de una carta de nuestro corresponsal de Santona.

De ella se deduce que los mismos interesados en sostener la disciplina son los que intencionada ó torpemente provocan al soldado para ponerle en el caso de faltar á su deber. El público conoce los efectos, no las causas. Vé el acto de insubordinacion y no la mano oculta que ha dado lugar á él, y juzga equivocadamente.

Esto, por un lado, y por otro los rumores falsos, las invenciones y la exageracion, todo tiende al desprestigio de la República; por lo que tanto trabajan nuestros enemigos, sin fijarse, cegados por su despecho ó su insensatez, en que no cabe ya en España más que la República ó el degradante absolutismo. Y como este sería rechazado por el país en masa, resulta que su loca y punible temeridad nos llevaria si la República pudiera hundirse á una anarquía, á una descomposicion social, cuyo término no puede verse.

En prueba de lo que decimos, y para que pueda juzgarse con conocimiento de causa, vamos á transcribir algunos párrafos de la carta de nuestro corresponsal.

«La actitud de la tropa en la última crisis no reconoció otra causa que la intranquilidad que en toda España reinaba con motivo de la cuestion parlamentaria. Conocido el resultado de la votacion, todo se calmó, y quedó asegurada la más perfecta tranquilidad. No fueron necesarios los esfuerzos de los antiguos republicanos, pues bastó la sensatez de la tropa para que el suceso no pasara de una sencilla manifestacion.

Hoy nos encontramos en esta plaza en visperas de acontecimientos que tal vez ofusquen la sensatez de la tropa, y que hagan imposibles los esfuerzos de todos los verdaderos demócratas de la localidad.

Es preciso estar negado á todo argumento lógico para creer que los republicanos puedan tener interés en producir excisiones en los momentos en que la República pelagra.

Hoy se prohíbe la entrada al soldado en el café de *La Libertad*, de antiguo frecuentado por las clases y tropa del regimiento de Castilla. Se trató de negar la existencia de esa orden, y la experiencia ha demostrado que es muy cierta, pues ha llegado el caso de *penerar un oficial en dicho café y sacar los soldados que en él estaban*. ¿Cuál puede ser la causa?... Tal vez sean dos: el título del café, y el ser su dueño presidente del comité republicano.

El hecho anterior, que en atencion al deseo de alejar de ciertos centros á los soldados, á quienes juzgan como máquinas, podría ser disculpable si no estuviera relacionado con el alejamiento de los jefes y oficiales de su habitual costumbre al Casino, del cual se han separado por el hecho de ser republicano su presidente.

En vista de lo que precede podrá ponerse en duda que la tropa se ve obligada y provocada constantemente á la insubordinacion?

Cierto es que esos jefes y oficiales están en su derecho al dejar de concurrir al Casino; pero dejando á un lado la hostilidad que con esto manifiestan á las instituciones vigentes, ¿en virtud de qué atribuciones obligan á los soldados á salir del café? Si en aquel momento un individuo de tropa hubiera desobedecido esa orden arbitraria, ¿no se hubiera calificado de injustificable acto de indisciplina?

Juzguen nuestros lectores, por qué á nosotros la indignacion nos quita la serenidad necesaria para hacer comentarios.

La carta de nuestro corresponsal concluye con las siguientes palabras:



«Estas medidas tienen excitada á la tropa, y el resultado podrá ser funesto. Cuando tenemos necesidad de conservar la disciplina se ensaya en Santoña como medida para ello la tiranía hasta en los actos libres del hombre.»

Veáse, pues, quiénes son los responsables de los actos de indisciplina. Pero no es esto lo que más nos extraña. Lo que nos llena de asombro es que en el ministerio de la Guerra se desconozcan estos hechos, y si se conocen que no se ponga el oportuno correctivo.

## ECOS POLÍTICOS.

Si, como se espera, termina hoy el proyecto de abolición de la esclavitud, después de votado, si hay número para ello, ó de convenirse de que no lo hay, los radicales presentarán probablemente una proposición pidiendo que se nombre en el acto la comisión permanente y que la Asamblea suspenda sus sesiones.

Este es uno de los temas puestos á discusión en la reunión que ayer celebraron los radicales y sobre el que hubo la uniformidad de pareceres, que es ya de costumbre, entre los representantes que forman parte de la antigua ex-mayoría.

El objeto que se proponen no es otro que el de hacer creer en sus intenciones de no ser un obstáculo permanente á la iniciativa del Gobierno, é impedir ruidosas manifestaciones que no quieren ver repetidas.

Pero si la discusión, lo que no creemos, se prolonga y no termina en el día de hoy, están decididos, así al menos lo dicen, á continuar hasta que otra cosa convenga, sin que crean deber deferir á los deseos unánimes del país, que anhela ver disuelta la Asamblea.

Aunque ciertas agrupaciones ejercen aún, por desgracia para su antiguo partido, alguna influencia, no creemos que los que fueron sus correligionarios y hoy han protestado de su adhesión á la República, les sigan en esos propósitos, que en definitiva ningún resultado apetecible pueden producir.

Cualquiera que sea su conducta, el partido republicano está dispuesto á obtener y conseguir cuanto antes la disolución de la Asamblea, y lamentaría encontrar resistencias tan injustificadas, como en último resultado, estériles.

Algunos radicales, constantes en su *abnegación y generosidad*, pretenden en obsequio de los republicanos formar solos la comisión permanente que ha de quedar, una vez disuelta la Asamblea. Como indicábamos anteayer, quieren también, que esta comisión asuma todas las facultades que hoy tiene la Asamblea.

Íntil nos parece advertir, que es muy posible, tengan que rebajar algo sus pretensiones, pues no en balde es refrán castellano, que quien mucho abarca poco aprieta.

Nada más decimos, porque ciertas cosas, no merecen ser tomadas en serio.

Como habrán comprendido nuestros apreciables colegas, *El Debate* y *El Puente de Alcolea*, en el artículo que ayer les dedicábamos, sobre una *H*. Hacemos esta advertencia innecesaria, dada la estimación que nos merecen.

Si fuese posible concebir que se recrudezca la conducta vandálica de la mayoría de las partidas carlistas; si no hubiesen llegado ya al sumun de sus antihumanitarios propósitos, motivos fundados tendríamos, para asegurar que este progreso se había realizado, al tener noticia del nuevo procedimiento que para ayudar al triunfo de su *santa causa* emplean.

No contentos con cometer todo género de tropelías con los vecinos de los pueblos donde entran, con descarrillar trenes é incendiar estaciones, han decidido fusilar inmediatamente á todo empleado que permanezca en su destino, cumpliendo con su deber.

Ya han intentado hacerlo, según se nos dice, con un empleado, en la provincia de Alava y si no lo han conseguido, no dejaron de poner todos los medios para ello.

¿Seguirán aun asegurando los periódicos carlistas, que defienden la humanidad, la religión y la propiedad?

¡Parece imposible, que en el último tercio

del siglo XIX se lleven á cabo tropelías semejantes!

*El Imparcial* tiene unos corresponsales que le comprometen á cada paso y que quizá le hagan caer en la responsabilidad que marca la ley que su correligionario Montero Ríos, estableció para la prensa.

Un despacho de Vitoria dice que es completamente falso lo que ha dicho el colega monárquico X acerca de la proclamación de la República en Vitoria. No hubo la menor alarma, por el contrario, gran alegría y muchísima animación y gran júbilo.

El presidente del Poder Ejecutivo llegó anoche á las siete á esta capital.

En la estación del Mediodía le aguardaban el ministro de la Gobernación, el gobernador civil y gran número de amigos del señor Figueras.

En Méjico se ha celebrado una gran recepción á favor de la República española.

Los representantes de la Asamblea, procedentes del partido radical, se reunieron anoche en el Congreso y acordaron que una comisión nombrada compuesta de cuarenta y nueve individuos, uno por cada provincia, designe los veinte que de su partido han de formar parte de la comisión permanente.

En la misma reunión se hicieron declaraciones que prueban una vez más las divisiones que reinan en el ex-partido radical.

En la sesión de hoy, el presidente del Poder Ejecutivo, dará cuenta á la Asamblea de los sucesos de Barcelona y de la situación política de aquel Principado.

Un despacho de Londres, recibido anoche á última hora, nos anuncia la importante noticia de que M. Gladstone anunció ayer tarde, en la Cámara de los Comunes que todos los ministros vuelven á encargarse de sus carteras. Añadió que la marcha política que se propone, seguir estaba basada en los mismos principios que le han servido hasta ahora de norma, y que al efecto confía que el partido liberal le prestará todo su apoyo.

Por lo visto, el partido conservador de Inglaterra no ha podido constituir gobierno.

Con este hecho han quedado defraudadas las esperanzas de *La Época*, que veía ya en la lejanía la influencia del partido conservador de la Gran Bretaña sobre nuestra patria. ¡Qué ilusiones!

Hemos tenido la satisfacción de saludar á nuestro amigo y consecuente correligionario ciudadano presidente del comité de Carballada, Basilio Fierro, que acaba de llegar á esta capital en representación además del de Rúa Rubiana y Villamartin, y con autorización del municipio de Villa de Valdeorras, con el objeto de obtener del Gobierno armamento para los Voluntarios de la República que se encuentran hoy sin medios de hacer frente á los carlistas con quienes han tenido ya más de un encuentro.

Excitemos el celo del Poder Ejecutivo para que atienda satisfactoriamente tan patriótica pretensión.

Bueno sería que ya que no se hacen nombramientos que respondan á las aspiraciones del partido, no se separe por lo menos de sus destinos á republicanos para poner en su lugar hombres de procedencia alfonsista.

Esto nos dicen de Alburquerque, donde tal escándalo ha sucedido con el administrador de Correos.

Nuestro colega *El Imparcial*, lamentándose de que se haya impuesto á *La Esperanza* una multa por propalar noticias falsas, prometió que se haría una pregunta en la Asamblea, para que se condenase la conducta del ministro fiscal en este asunto, y en efecto, el señor Araus cumplió lo prometido.

Como el ciudadano ministro de Gracia y Justicia no estaba en el salón, no ha podido contestar lo que es á nuestro juicio procedente.

¿Tiene algo de particular que un promotor fiscal en justo respeto á las disposiciones ter-

minantes del Código penal vigente, que por cierto es *obra radical*, solicitase y obtuviese el castigo de una falta? ¿Puede seguir licitamente otra conducta la autoridad judicial?

Con todas sus fuerzas ha condenado el partido republicano que se incluyese en el Código el artículo en cuestión; pero puesto que con aplauso de *El Imparcial*, y por obra y gracia de los radicales, sus amigos políticos entonces, se dictó esta disposición y ha regido contra otros periódicos, ¿es posible censurar á la autoridad judicial que en su virtud sentencia?

Lamentamos que nuestro colega *La Esperanza* haya sufrido este percance; pero no comprendemos, como el Sr. Araus y *El Imparcial* hacen de él arma para atacar á un funcionario que no ha hecho más que cumplir con su deber.

Hemos recibido una hoja volante firmada por nuestro correligionario el general D. Fernando Pierrad, en la que se leen párrafos tan notables como los que á continuación transcribimos:

«La soberanía municipal debe ser el reflejo de la soberanía humana, y la soberanía provincial de la autonomía municipal, como la soberanía autonomía de la nación debe ser el reconocimiento de las otras soberanías en un solo é *indisoluble* cuerpo, pero cuyos miembros funcionan, *todos* libremente y forman la armonía necesaria á la nacionalidad en la descentralización más absoluta.

*Somos republicanos federales, porque la federación no es desmembración; pero si descentralización.*

Yo no tengo hoy posición alguna oficial, no soy nada, no figuro en nada oficialmente, y puedo sin rebozo decir la verdad, y sin escrúpulos servir al pueblo, esperando el día en que mis correligionarios se convengan de que para plantear la República se necesitan republicanos, que son los que han estudiado y conocen las reformas, sintiendo su bondad y sus virtudes.

Es inútil recordar el programa republicano federal, que ha llegado el momento de practicar en toda su pureza, como lo pide nuestra desgarrada patria; y si en los demás ramos hay ciertas dificultades del momento, no me explico las del ramo de guerra, que puede reformarse por decretos, donde hace siglos que se hace siempre lo mismo, con daño de la ciencia militar, y donde parece que se piensa en seguir con ese expediente rutinario que nos ha conducido á tan triste estado, y amenaza con fundir á la República y á la patria por carencia de iniciativa y por desconocimiento de lo que esto debe ser en una República y en las actuales urgentes circunstancias.

En mi calidad de general y republicano, tengo para el ejército mi organización democrática, y si no se practica esta organización ú otra de tan salvadores principios, el ejército será dentro de la República un elemento de desorden y anarquía capaz de comprometer la libertad y la existencia de la patria.

Hemos cambiado la forma de Gobierno, y esto entraña otro cambio en el ejército; es preciso usar de otros procedimientos, hacerle vivir la vida de la República é identificar sus intereses con los de la patria, siendo absurdo el creer que las armas é institutos militares de hoy respondan, ni á la necesidad del momento, ni al porvenir de la República que no ha de poder subsistir con el ejército de la monarquía absoluta que todavía se conserva.

Nada pueden hacer los generales que mandan ejércitos de la República sin el apoyo eficaz y decidido del ministerio de la Guerra, cuya organización es más viciosa todavía que la del ejército, dependiendo de esto exclusivamente que la guerra civil no esté ya terminada.

El doctrinarismo y la rutina son las únicas reformas militares que se plantean: ¿es esto posible hoy? Pues por más que sea absurdo, no se hace otra cosa en obsequio del ejército de la República. Es decir, que se quiere que exista una República, que será federal, con un ejército y unos centros é institutos militares que forman un estado despótico y absoluto dentro de otro estado democrático. Yo aseguro que lo uno matará á lo otro y que ambas cosas son imposibles, absurdas y en contra de todo sistema liberal y republicano.

¿Pero es posible seguir así? ¿No va el ejército á tener nunca, ni organización militar liberal é igual para todos, ni unificación, ni va á conocer la diferencia entre subordinación, y servilismo, ni va á tocar las ventajas de la igualdad, ni de la descentralización, ni de la democracia, en fin?

¿Han de ser siempre los militares unos pa-

nos, sin gozar nunca de la libertad que conquistaron? ¿No han de ser nunca ciudadanos?

Los expedientes duran eternamente, con detrimento de la justicia y de los interesados, habiendo una justicia para unos y otra para otros. En la cuestión de simplificación y economía, siguen las direcciones igual que las tenían los moderados, las capitánías generales y gobiernos militares, mandando y gobernando instituciones civiles en plena República, en plena democracia; pero ¿he de decir todo lo que falta que hacer, todo lo que hay que reformar, qué reconstituir, qué hacer de nuevo? Esto sería largo, porque no se ha hecho nada, ni es posible; porque el Gobierno del país es una República que está llamada á reformar y constituir todo bajo el criterio de la democracia, y el ministerio de la Guerra está organizado para monarquía, y divorciado de la República y de las corrientes reformistas que abruma y contrarian á su personal.

Me he fijado en el ramo de Guerra, porque él solo nos arrastra al caos y la patria se pierde si sucumbe la libertad y la república; siendo, fuera de duda, que se necesite algo más que paliativos y transacciones llenas de debilidad para salvar objetos tan queridos.

Poco tenemos que añadir á las acertadas observaciones del Sr. Pierrad.

Por desgracia es muy cierto cuanto indica, y es indudable que la mala organización del ministerio de la Guerra es la causa de los actos de indisciplina que se observan en el ejército, dado caso que no haya mala fé por parte de alguno.

Si en todos los ramos de la Administración son urgentes las reformas, en ninguno lo son tanto como en Guerra; y en ningún ministerio se observa la apatía y la indiferencia que en este.

Llamamos, pues, la atención del Poder Ejecutivo para que se dé á este asunto la preferencia que merece, pues de no hacerlo así podrán sobrevenir serios conflictos.

Dice un periódico:

«Se cree que la crisis ministerial se planteará así que regrese á Madrid el Sr. Figueras.

El general Acosta y el Sr. Chao insisten en no transigir con los intransigentes, y en tener toda la libertad de acción necesaria para nombrar para los destinos públicos en sus respectivos departamentos á las personas que tengan por conveniente.

Esta disidencia no está solamente marcada en el ministerio, sino también en la minoría republicana, cuya parte sensata se duele de que el Gobierno no tenga el valor de la impopularidad, tan necesario, á su juicio, en los momentos presentes.

También se espera la llegada del Sr. Figueras para resolver la cuestión del relevo del general Contreras, el cual vendrá á la dirección de caballería, pasando á Cataluña el general Novillas, y al ejército del Norte el actual capitán general de Madrid Sr. Pavía. Se designa para Madrid, al general Primo de Rivera (D. Fernando).»

Todo cuanto se diga en este sentido es prematuro. Conste así.

## PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Extracto de los despachos telegráficos recibidos en este ministerio hasta la madrugada de hoy.

**Extremadura.**—Se ha restablecido el orden en Albuena, Santa Marta, la Morera y Salvaleón, cuyos pueblos ha visitado el comandante general. La autoridad civil ha nombrado nuevo ayuntamiento para el último de los puntos citados, y se instruye sumaria contra los principales motores de los desmanes cometidos en dicha población. Todas las fuerzas que se hallan en las provincias extremeñas continúan en completo estado de disciplina y animadas del mejor espíritu.

## PRESIDENCIA

DEL

PODER EJECUTIVO DE LA REPÚBLICA.

## LEYES.

La Asamblea Nacional, en uso de su soberanía, decreta y sanciona la siguiente ley:

Artículo 1.º Se autoriza al Gobierno para organizar 80 batallones con el nombre de voluntarios de la República, cada uno de á seis compañías y 600 plazas.

Art. 2.º Los cuadros de estos cuerpos se formarán con jefes, oficiales, sargentos primeros y cabos primeros de cornetas pertenecientes á las reservas, y por los individuos de las dos primeras clases citadas que se hallen en situación de reemplazo y sean necesarios para completar el número reglamentario.

Art. 3.º Las plazas de sargentos segundos, cabos primeros y cabos segundos se cubrirán con voluntarios que, además de reunir las circunstancias de tener buena conducta, saber leer y escribir y



probar la actitud necesaria para el desempeño de dichos empleos, presenten en los centros de reclutamiento el número de alistados siguientes: 30 los que deseen ser sargentos segundos; 20 los cabos primeros, y 10 los cabos segundos.

4.º Se señalan los sueldos y gratificaciones reglamentarias a los jefes y oficiales procedentes de los cuadros de las reservas y de la situación de reemplazo. Las demás clases disfrutarán los haberes que a continuación se expresan:

Tres pesetas los sargentos primeros.

Dos pesetas 50 céntimos los sargentos segundos.

Dos pesetas 25 céntimos los cabos primeros, cabos segundos y cornetas.

Dos pesetas los soldados.

Y una ración de pan diaria cada plaza de tropa y 50 pesetas de primera puesta.

Art. 5.º Los jefes oficiales y tropa optarán a las mismas recompensas que se otorguen a los de los cuerpos del ejército y a las vacantes de sangre, retriros por inutilidad y demás goces determinados por los reglamentos. Además los cabos y soldados tendrán derecho a 4 rs. diarios en caso de que resulten inútiles en función de guerra ó de resultados de ella.

Art. 6.º Los batallones voluntarios de la República estarán sujetos a cuantas disposiciones rigen relativamente al régimen, disciplina y administración de los cuerpos del ejército.

Art. 7.º No se exigirá talla determinada a los voluntarios de la República; pero habrán de tener la robustez necesaria y la edad de 18 a 40 años.

Art. 8.º Se amplían los créditos comprendidos en el presupuesto del ministerio de la Guerra para subsistencias militares, armamento y equipo, transportes y cuerpos del ejército en las cantidades necesarias para atender a la organización de los voluntarios.

Art. 9.º Se autoriza al Gobierno;

Primero. Para arbitrar recursos por medio de un préstamo con garantía de los pagarés de los compradores de las minas de Riotinto ó para descontar estos pagarés.

Segundo. Para negociar en suscripción pública, con arreglo a la ley de su creación, ó para pignorar los billetes hipotecarios que vuelvan al Tesoro, a medida que se liberen por el pago en metálico de las dos terceras partes de los intereses de la Deuda pública.

Art. 10. El ministro de la Guerra y el de Hacienda dictarán las disposiciones que consideren convenientes para el cumplimiento de esta ley.

#### Artículos adicionales.

Artículo 1.º Todos los individuos de tropa de los reemplazos desde el de 1863 y siguientes que en tanto se organiza la reserva establecida por la ley de 17 de Febrero último, y mientras esté el país en guerra deben continuar prestando sus servicios en los cuerpos activos, disfrutará desde el día 1.º de Abril próximo y hasta que pasen a la reserva una peseta diaria sobre su haber, dejando de percibir cualquiera clase de pluses, gratificaciones y abonos de carácter individual ó personal que tengan, a excepción de los premios de constancia y cruces pensionadas. De igual ventaja disfrutará la marinería de guerra que se halla actualmente en activo servicio, y cuyo haber sea inferior al que se señala a las clases de tropa de los diferentes institutos del ejército. No se comprende en dicho beneficio ó sobrehaber de una peseta diaria a los individuos de los cuerpos de la Guardia civil y de Carabineros, así como tampoco a los enganchados y reenganchados del ejército y de la armada, pudiendo sin embargo los individuos de estas dos últimas procedencias optar a él si renuncian antes a sus premios y demás goces de que se hallen en posesión y que no tengan devengados; pero continuando en la obligación de cumplir el tiempo de sus compromisos.

Art. 2.º El art. 12 y siguientes de la ley de 17 de Febrero último creando la reserva del ejército comenzará a regir por excepción en el presente año el 1.º de Abril próximo; y por lo tanto todos los mozos que en dicha fecha cuenten la edad de 20 años serán declarados soldados, y estarán dispuestos a movilizarse para completar la fuerza del ejército activo, con arreglo a lo prevenido en los artículos 12 y 15 de dicha ley.

El Gobierno queda autorizado para movilizar estas fuerzas dentro ó fuera de los distritos militares a que pertenezcan.

Lo tendrá entendido el Poder Ejecutivo para su impresión, publicación y cumplimiento.

Palacio de la Asamblea Nacional diez y siete de Marzo de mil ochocientos setenta y tres.—El marqués de Perales, presidente.—Eduardo Benot, representante secretario.—Federico Balart, representante secretario.

La Asamblea nacional en uso de su soberanía, decreta y sanciona la siguiente ley:

Artículo 1.º Se declara libre de derechos de aduanas la introducción del extranjero del material necesario para la construcción y explotación durante diez años de las vías férreas de la provincia de las Baleares, que siendo declaradas de utilidad pública sean establecidas con arreglo a la legislación vigente. El cumplimiento de esta disposición tendrá lugar en la forma y modo establecidos para las vías férreas que disfrutaban ó han disfrutado de la misma exención de derechos.

Art. 2.º Igualmente quedarán eximidos los fer-

ro-carriles de las Baleares que estén en las condiciones expresadas en el artículo anterior de los derechos de hipotecas devengados por traslación de dominio de los terrenos que se ocupen con las obras.

Art. 3.º Los beneficios que por virtud de esta ley se otorgan a las vías férreas de Baleares no alteran los efectos del decreto-ley de 14 de Noviembre de 1868, sino en lo indispensable para que el Gobierno se cerciore de la necesidad y del empleo en dichas líneas de los materiales cuya introducción libre de derechos se solicite.

Lo tendrá entendido el Poder Ejecutivo para su impresión, publicación y cumplimiento.

Palacio de la Asamblea Nacional diez y siete de Marzo de mil ochocientos setenta y tres.—El marqués de Perales, presidente.—Eduardo Benot, representante secretario.—Federico Balart, representante secretario.

## ASAMBLEA NACIONAL.

SESION DEL DIA 2.º DE MARZO.

Empezó la sesión a las tres y media bajo la presidencia del señor Salmerón (D. Francisco). Se leyó el acta de la anterior que fué aprobada.

El Sr. Olavarrieta suplicó a la mesa que se corrigiese un error del extracto del *Diario de las Sesiones*, sobre el número de representantes que hacen falta para que las leyes sean votadas definitivamente.

El Sr. Araus dirigió una pregunta al señor ministro de Gracia y Justicia, sobre la conducta observada por algunos juzgados de esta capital con la prensa periódica, cohibiendo la libertad de esta.

El señor ministro de Estado dijo que haría presente al Sr. Salmerón (D. Nicolás) los deseos del señor Araus.

Se entró en la orden del día, continuando la discusión sobre el proyecto de abolición de la esclavitud en Puerto Rico, usando de la palabra en contra del artículo 1.º el Sr. García Lomas.

Después de algunas palabras pronunciadas por el general Primo de Rivera, el Sr. Bona, de la comisión, que debía contestar al Sr. García Lomas, renunció a la palabra para cedérsela al Sr. Ministro de Estado.

El Sr. ministro de Estado (Castelar): señores representantes, mi buen amigo el Sr. Bona, llevado de su amistad, me ha comprometido al hablar; en tal manera, que yo hubiera renunciado a la palabra, porque, lo digo sin modestia, no creo merecer esas elogios; y en verdad que desde el punto y hora en que llegué a este banco (iba a decir por mi desgracia), renuncié completamente a emplear todas las antiguas armas de la oratoria; y renuncié, porque yo creo firmemente que este no es el banco de la palabra; este es el banco de la acción. Cuando yo estaba allí, en aquellos bancos (señalando a los últimos de la izquierda), desde aquella eminencia podía descubrir el ideal que tanto se presta a la oratoria; y aquí abajo solo descubro las tristezas de la realidad, que se prestan bien poco, señores, a lo afeites del arte. Por consecuencia, yo no pienso pronunciar un discurso; aunque me lo propusiera no podría, y aunque pudiera, no quiero pronunciar un discurso; voy meramente a hacer algunas reflexiones en este debate, relativas a su aspecto quizá más importante, relativas a su aspecto exterior, como ministro de Estado que soy, y encargado por consecuencia de las relaciones de la nación española con todos los pueblos y gobiernos. En cuanto a mí personalmente, todo el mundo sabe, y la Cámara sabe especialmente, cuáles son mis ideas en esta materia, y mis ideas, señores, han sido siempre para mí compromisos de honor y de conciencia.

Yo creo que el hombre público no puede tener dignidad y no puede tener lo que se llama moralidad política si no sigue este camino, este procedimiento que voy a participaros.

Se empieza siempre en la vida política de los pueblos libres por las reuniones y por la prensa. Pues bien allí comienza uno a decir sus ideas, y debe estar allí bastante tiempo para definir las y para divulgarlas. Y luego de las reuniones y de la prensa se pasa a la tribuna, y en la tribuna se debe repetir exactamente lo mismo, lo mismo que se ha dicho en las reuniones políticas y en la prensa. Y luego, desde la tribuna se viene al Gobierno; y en el Gobierno se debe hacer, contando siempre con las dificultades de la realidad, se debe hacer aquello todo aquello que se acerca a lo que se ha sostenido en las cimas de la tribuna. Y de esta manera, el hombre público cumple completamente con sus deberes; y si al cumplir con estos deberes ó se equivoca ó es vencido, deben justificarse ante su conciencia y ante la historia al menos, las buenas intenciones.

¿Quién que esté aquí presente no sabe los compromisos que el ministro de Estado, los compromisos que el Gobierno entero de la República tiene en la cuestión de la esclavitud? El otro día citaba los suyos con gran mesura de palabras, con gran modestia de carácter, en un discurso sólidamente pensado y admirablemente dicho, el Sr. García Ruiz, republicano de antiguo. Yo no citaré mis compromisos uno por uno; pero si quiero recordar varios, para que vea la Cámara que yo no puedo desmentir jamás, que no desmentiré jamás mis antecedentes.

Yo, señores, era casi un niño, tenía 21 años, cuando comencé la vida pública, y en el primer discurso que pronuncié había ya de la abolición de la esclavitud el año 1854.

Yo después pasé de la prensa a una cátedra del Ateneo, y en esta cátedra estudié los cinco primeros siglos del cristianismo; había tres problemas allí: el problema de la decadencia del mundo antiguo, el problema del advenimiento del cristianismo, el problema histórico que yo ya conozco, que este es una grande y respetabilísima creencia religiosa, y al mismo tiempo el problema histórico de la venida de los bárbaros. Pues bien, señores; durante cinco años, en aquellas conferencias, todo, absolutamente todo lo explicaba yo por la cuestión de la esclavitud. Yo decía: el mundo antiguo cayó, porque el mundo antiguo no tenía la virtud del trabajo, y porque el mundo antiguo se entregaba a la ignominia de la servidumbre. Yo decía: la religión cristiana, esta religión que tanto consuela al alma, esta religión, prescindiendo de lo que tiene de dogmática y de lo que liga al hombre con Dios y a los hombres entre sí, esta religión es, después de todo, la religión del esclavo.

El pueblo judío que la preparó, preparóla por grandes Apocalipsis, que son el poema del esclavo; poema escrito a la orilla del extranjero río, bajo los sauces de Babilonia, por las manos oprimas por la argolla de la servidumbre. Cristo es un descendiente de los reyes caídos, de los reyes esclavos; es un vencido de Roma, y si su cuna es la cuna del trabajo, su patíbulo es el patíbulo de los esclavos, es el mismo patíbulo por donde había corrido la sangre de Spartaco y de sus 30.000 compañeros; de suerte que si el cristianismo es la religión espiritualista que relaciona al hombre con Dios bajo el aspecto dogmático, bajo el aspecto social, el cristianismo es la religión del esclavo. Y luego, cuando yo veía venir en mi mente aquellas grandes irrupciones de los pueblos bárbaros entrando en la Babilonia de Occidente, caída bajo los rayos fulminantes de la elocuencia del apóstol de Patmos, caída ante la conciencia humana; cuando yo veía entrar a los bárbaros y aventar las cenizas de la ciudad pagana, é interrumpir sus festines, decía: son indudablemente como los ángeles exterminadores; son los esclavos, los descendientes de aquellos infelices, cazados, presos, conducidos al circo, los hijos de los gladiadores, que vienen a demostrar con esta terrible venganza que brilla eternamente la justicia de Dios en todas las páginas de la historia. (Bien, muy bien).

Después señores diputados, en cuantas ocasiones de mi vida literaria y científica, dentro y fuera de la Universidad, he pretendido estudiar los problemas políticos y sociales, los he relacionado con la cuestión de la esclavitud, y he dicho, no por la clase media española, pero por la generalidad de las clases medias europeas, he dicho que todas tienen un interés de casta; si este interés pudiera existir en la civilización moderna, que tienen un interés de casta en resolver la cuestión de la esclavitud y resolverla pronto, porque las clases medias que hoy legislan, que hoy gobiernan, que hoy tienen la dirección de esta sociedad, lo mismo bajo las monarquías antiguas que bajo los Gobiernos parlamentarios, las clases medias son descendientes de los ilotas, de los párias, de los esclavos, de los siervos, y si buscamos los huesos de nuestros padres, los hallaremos en las tumbas, tal adrados con el clavo vil de la servidumbre; que ha sido todo el problema y el trabajo de la civilización moderna convertir al antiguo siervo en hombre libre y en ciudadano independiente. (Bien, bien).

Pues bien; de allí, señalando los bancos de enfrente, de aquellos sitios yo paso aquí yo paso a este sitio, y con la prudencia, con la mesura, con la calma que me caracteriza, sin alardes y sin amenazas, yo defendí, defendí siempre, defendí en todas partes, defendí en todas las situaciones la abolición inmediata de la esclavitud en las Antillas españolas. Nadie puede olvidar que aquí se presentó el proyecto del Sr. Moret, y nadie puede olvidar tampoco que yo me opuse a aquel proyecto por creerlo completamente imprudente; y sobre todo por que con el no se resolvía como debía resolverse este problema. Y todo el mundo recuerda también que yo desde aquel sitio, en la noche en que se votó casi por aclamación de la Cámara la felicitación al Ministerio del Sr. Ruiz Zorrilla, que presentaba esta ley, todo el mundo recuerda también que yo desde aquel sitio sostuve el proyecto que ahora se está discutiendo, y dije que este proyecto era una evidente necesidad de la situación, que estaba pedido y reclamado con reclamaciones que no podían menos de atenderse, por el movimiento de la opinión y por el espíritu de Europa.

Si yo tengo contraindicios estos compromisos y los he contraído con mi conciencia, ¿qué diréis de mí, qué diréis de este Gobierno, qué diréis de la República si yo me levantara ahora a contradecir esta ley, a oponerme a esta ley? No; yo tengo que defenderla; la defenderé con todas mis fuerzas; yo pido; yo reclamo de la Cámara que la apruebe; yo apelo al patriotismo de los diputados conservadores y les digo: no retraseis lo que no puede retrasarse, porque acaso atraigais grandes calamidades sobre España y sobre sus Antillas. ¡Ah, señores diputados! Yo he creído siempre, y lo que creo mi conciencia lo dice en voz alta mi palabra, yo he creído siempre que aquí no puede fundarse la democracia, ni menos la República, si no hay una inteligencia leal, sincera, completa a lo menos entre los partidos liberales. Yo tengo que decirlo y que repetirlo: no es posible la democracia, no es posible la República si no hay una inteligencia leal y completa a lo menos entre los partidos liberales. Pues bien, señores diputados: yo os digo, ¿Cuál fué la prenda verdadera de la unión en los últimos días de la antigua monarquía entre el partido progresista democrático y el partido republicano? ¿Cuál fué? Fué la ley de la abolición de la esclavitud. En aquel pensamiento, en aquella ley, en aquel proyecto así confundidos todos en un solo sentimiento, en una sola idea, en una sola acamación. ¿Eramos nosotros entonces Gobierno? No lo éramos; y el que nosotros no fuéramos Gobierno, ¿impidió que nosotros apoyáramos la ley? No lo impidió en nada.

Nosotros la apoyamos lealmente, y yo la apoyaba todavía con más lealtad, porque yo tengo que decir que ocupaba dentro de mi partido una posición especialísima y escepcional. Yo, señores diputados, desde el día primero en que el partido radical subió al poder me propuse no oponerle obstáculos de ninguna clase y darle todo el apoyo que era compatible con mis convicciones políticas y la dignidad de mi carácter y mi conciencia. Y yo preguntó a los radicales de entonces que todavía estaban aquí presentes; yo preguntó: ¿cuándo, en qué tiempo, en toda la larga crisis que sostuvo el partido radical, porque una crisis política y no otra cosa fué su Gobierno, como otra crisis es este Gobierno, cuándo, en qué tiempo yo opuse aquí ningún obstáculo?

Si no podía votar muchas veces con él, por que no podía, votaba en contra, pero me callaba siempre; y cuantas veces podía sostenerle con mi palabra y con mi voto, con mi voto y con mi palabra le sostenía. ¿Y sabéis el riesgo que yo corría antes, señores representantes? Pues corría un riesgo muy grave, porque yo estaba resuelto con todas mis fuerzas a impedir que mi partido se lanzara al terreno de las armas; corría el riesgo de que hubiera resultado cierto, de que hubiera resultado evidente lo que yo creía que no lo era, que hubiera resultado cierto, que hubiera resultado evidente que la monarquía era compatible con la libertad y compatible con la democracia. Pero yo, señores representantes, prefería la derrota práctica de mis principios a las graves crisis, a las grandes perturbaciones que podía pasar España en una nueva sublevación y un período de los más tristes que hay en la historia: en un período de desastrosas revoluciones.

Señores representantes, si yo hice esto, si yo lo hice con perfecta conciencia, si yo lo recuerdo ahora que pudiera ser impopular, y lo recuerdo desde

este sitio, si yo no opuse obstáculos ningunos a que fuera compatible la libertad con la monarquía, os ruego una cosa en nombre de la patria: que vosotros no oponáis obstáculos tampoco a que sea compatible la autoridad con la República (Aplausos).

Señores representantes, y yo quiero darle todavía al antiguo partido progresista democrático, yo quiero darle todavía un testimonio de la sinceridad de mi conducta. Yo quiero decirle una cosa: que lo más grave que aquí se ha dicho, lo más grave que aquí se ha expuesto es lo relativo a la cuestión de la esclavitud bajo el aspecto de las relaciones exteriores.

¡Ah, señores! ¡Cuántas, no aquí, no en este sitio, pero fuera de aquí, fuera de este sitio, cuantas y cuan grandes calumnias, que manera de denigrar a hombres que después de todo se movían por móviles patrióticos, y que después de todo creían prestar y prestaban un gran servicio, un servicio real a la causa de la humanidad y de la patria! ¡Apenas señores, apenas se puede materialmente atravesar la nube de infames calumnias que sobre estos hombres se ha arrojado como queriendo asfixiarlos con ellas, y como si fueran estas calumnias producidas por los miasmas pútridos que exhala todavía la llaga cancerosa de la esclavitud puesta en el corazón y en la frente de nuestra amada patria! (Aplausos).

Pues bien; yo tengo que decirlo aquí, yo debo decirlo aquí: no ha habido en la cuestión de esclavitud ninguna, absolutamente ninguna presión exterior. Yo debo decirlo, yo tengo que decirlo: yo he examinado sin tener responsabilidad ninguna, pudiendo por consecuencia ser dueño completo de mi criterio, yo he examinado en estos días todos los archivos del ministerio de Estado, todos los documentos que hay en el ministerio de Estado desde hace muchos años relativos a este asunto, y tengo que decir que el último ministerio defendió con una gran dignidad la honra, la autonomía, la independencia de la patria.

Pues qué, ¿por ventura no debemos decir la verdad, toda la verdad? ¿Por ventura la cuestión de la esclavitud es una cuestión nacional, puramente nacional, en que la nación sea dueña absoluta de su soberanía y de sus destinos? ¿Lo creéis así? ¡Ah! Os engañáis. ¿Por qué no hemos de decir la verdad? La cuestión de la esclavitud es internacional, no puede menos de ser una cuestión internacional.

Prescindamos de una idea que ya he apuntado muchas veces y que sostengo ahora: de la idea de que es imposible que existan ciertas instituciones y ciertos cambios en el espíritu de los pueblos, sin que estos cambios en el espíritu de los pueblos se universalicen por toda la tierra.

Pues qué, cuando no había telégrafos, ni caminos de hierro, ni los pueblos se conocían unos a otros, ¿no coinciden con eso que se llama sincronismo histórico, no coinciden todos los grandes movimientos y todas las grandes transformaciones sociales? Es más: hay un historiador que sostiene, con gran copia de datos, que coinciden los movimientos europeos con los movimientos asiáticos y con los movimientos asiáticos y con los movimientos americanos, aun antes de que se conociera la América, por indicios de la historia y de los monumentos, como si el espíritu humano habitara en todo el planeta. Pues qué, ¿no se conmueve a un mismo tiempo toda la Europa feudal, y a un mismo tiempo aparecen en el siglo duodécimo, poco más ó menos, las comunidades con los gremios?

¿No cae este feudalismo al mismo tiempo en toda Europa? Luis XI, Fernando V, Maximiliano de Austria, ¿no son a la verdad un mismo espíritu, aunque sean distintas y diferentes personificaciones de este espíritu? ¿Quién descubre a un tiempo la brújula, la imprenta, el telescopio, todos los medios de dominar la tierra? Cuando en seguida se descubre América para completar este poema del trabajo, ¿no aparecen los reformadores? ¿No se fundan las monarquías absolutas? Enrique VIII, Felipe I, Carlos V, Felipe II, ¿no son la misma personificación? ¿No viene el movimiento liberal de Europa, el levantarse de las clases medias, el caer de los reyes, el abolirse la orden de los jesuitas, el establecerse el espíritu de la enciclopedia en todas partes con Pombal, con Choiseux, con el conde de Aranda, con Leopoldo de Toscana? ¿Qué quiere decir esto? Que las cuestiones todas difícilmente son nacionales; que hay en todos los grandes problemas humanos un lado internacional. Yo recuerdo que aquí mismo, desde este sitio, cuando yo hablaba del influjo que había de tener la revolución de Setiembre en todos los problemas europeos, se decía: «este Castelar es poeta siempre; siempre fuera de la realidad. ¿Pues no decía que nuestro modesto puente de Alcolea, que esta nuestra revolución, que, como todas las nuestras, se reduce a un cambio de destinos, que todo esto esto va a influir en Europa, y va a transformar el mundo!» Y sin embargo, señores, mirad lo que ha sucedido; mirad a aquella revolución española; el poder temporal de los papas ha caído; el jefe de la Francia, con el antiguo Imperio, ha caído también; la República está en la nación vecina, y está en España; la unidad está en Alemania, y Europa entera se ha transformado al cañonazo que sonó en el puente de Alcolea. (Aplausos).

¿Y por qué, señores, por qué? Por este sincero mismo histórico, por este gran sincronismo histórico, que prueba una cosa que, si yo fuera capaz de entrar en esa discusión en que con tanto gusto entra mi amigo el Sr. Pidal, diría que es la derrota de los materialistas y la victoria de nosotros los espiritualistas, porque prueba la unidad, la identidad, y hasta cierto punto la divinidad bajo el cielo del espíritu humano.

Pues bien; la cuestión de la esclavitud era una de estas cuestiones; la cuestión de la esclavitud era lo que no podía menos de ser una cuestión internacional. ¿Por qué? Porque el principio verdaderamente evangélico, aunque algo comentado y ampliado por la ciencia filosófica, el espíritu que separa el siglo XVIII del siglo XIX, es la libertad y la igualdad de derechos.

Así sucedió un día que la Convención francesa divulgó este gran principio, el cual estaba ya proclamado en anteriores Constituciones; y un pobre negro que había subido desde el hondo abismo de su servidumbre y de su ignominia hasta la cima de la Convención, se levantó y dijo: «habeis declarado la unidad de derechos humanos, la igualdad de derechos humanos, la libertad del espíritu humano; yo tengo espíritu, yo tengo ideas, yo tengo palabra como vosotros; yo siento algo aquí, en mi frente; yo soy una conciencia y una razón, y no soy libre; luego son mentira todos vuestros principios.» Y entonces, en una sola sesión, movida aquella gran Asamblea, que al runas veces cala en el ceno de todos los crímenes; pero que otras veces se levantaba hasta las alturas del ideal, aquella Convención dijo: «no nos deshonremos discutiendo esto;» y abolieron la esclavitud.



Yo he dicho muchas veces y repito ahora la exena que se siguió a esto: se abrieron las puertas como si invisible mano las moviera; entraron los negros, abrazaron a los convencionales, se arrojaron a sus pies; lloraron y yo he dicho que aquellas lágrimas borraron para siempre las manchas de sangre que tenía en sus manos la convención francesa. (Aplausos.)

Pues bien: desde este momento, desde este gran momento no había remedio: la abolición de la esclavitud tenía que correr como un reguero de pólvora por toda la tierra. El hombre a quien tanto ha adulado la servil complacencia con el poderoso, que ha llegado a llamarle genio sobre natural, cuando no hay nada sobrenatural para salvar a los ciudadanos más que el ejercicio de sus derechos por sí mismo ese genio sobrenatural que ha dado en llamarse, el primer coloso de la fortuna y de la guerra, quiso destruir la obra de la Convención; restauró la esclavitud en Santo Domingo, y entonces vinieron, a resultas de esta gran apostasía del gran apóstata, del Juliano apóstata de la revolución entonces vinieron aquellos escándalos, aquellas desgracias y aquellos crímenes que crímenes fueron, pero no menores que los que han cometido todos los pueblos desde España hasta Rusia, por su libertad y por su independencia. (Bien, bien.)

Si las revoluciones se ahogan saliendo al frente de las reformas, acogiendo las reformas, planteando las reformas, dulcificando las reformas en la práctica y haciéndolas compatibles con la realidad. Pero ¡ah! cuando se resiste ciegamente, cuando no se quiere admitir ningún principio, cuando se falsean todos y se exige que se realicen todos en un día, y se pide esto muchas veces desde las cimas de las barricadas ó de una convención, no se sabe nunca qué término tendrán las convulsiones, y se va de seguro a la dictadura y a la anarquía, que concluirá por devorar las pobres razas latinas, si no tienen el sentimiento de su dignidad y el deseo de hacer compatible el orden con la libertad, y el Gobierno con la democracia. (Bien, bien.)

En Rusia hubo un movimiento de la literatura y de la filosofía, que todo el poder de los autócratas no pudo contener. El mismo zar Nicolás, que representaba tan admirablemente el espíritu de estabilidad, premió al autor de *Las almas muertas* con un libro cuyas hojas eran billetes de Banco. Y, sin embargo, al premiar la novela de *Las almas muertas* con el libro de billetes de Banco, no sabía el emperador Nicolás que premiaba la contrata social de los siervos. Y como sucede siempre, señores, que una idea, y hay que tener mucha fe en la virtud de las ideas, desciende de una mente soberana, aquella idea penetra por todas las estepas y por todas las regiones de la Rusia y engendra un alma en el seno del esclavo. Así producen el libro y la literatura estas transformaciones. Así la alta cima de los Alpes, desierta y helada, donde apenas asoma la vida y donde apenas es posible la respiración, filtra allá en el fondo valle los ríos llamados el Rhin, el Ródano y el Danubio, que llenan de vida y de bien los campos, y por todas partes van continuando con la fecundidad dada al trabajo y a la agricultura la obra del Creador. (Prolongados aplausos.)

Pues bien; así hace la literatura, así hace la filosofía; un pensador oscuro, un pensador encerrado en su gabinete produce torrentes de revolución que trastornan las almas, y un día dijo el imperio ruso: «no es posible la servidumbre; más soldados han sido vencidos porque no eran soldados de un pueblo libre; han sido vencidos porque son máquinas, porque son siervos;» y entonces con una resistencia mayor que la que oponen aquí todos los privilegios, valiéndose del instrumento del despotismo, el Czar Alejandro abolió la servidumbre en Rusia; y no solamente abolió la servidumbre, sino que dio elementos de independencia a los siervos. Y enseguida la cuestión pasó a los Estados-Unidos, y los Estados-Unidos se sacrificaron, sacrificaron un tesoro, sacrificaron un millón de sus hijos, sacrificaron su prosperidad increíble por los ocho millones de negros; ellos, que no los creían ni aun hombres; que tenían el desprecio aristocrático de la raza sajona por todo lo inferior; ellos que vieran comprometida por el negro la obra sublime de Washington.

Y, señores, ¿creéis que era posible que después de todas estas grandes epopeyas en el mundo, nosotros los españoles pudiéramos conservar la esclavitud? ¿Creéis que esto era posible? Pues qué, la esclavitud, además de ser una cuestión de humanidad, ¿no es para nosotros una cuestión internacional? Pues qué, nosotros, y si no nosotros, el augusto rey D. Fernando VII, ¿no pactó con Inglaterra sobre la cuestión de la trata, no admitió la visita en sus buques, no fundó tribunales en nuestro mismo territorio, en los cuales tenía intervención directa una nación extranjera? Y los que representan el elemento histórico, el elemento tradicional, el elemento de estabilidad, el elemento de monarquía, ¿se extrañan de la influencia moral de un pueblo libre, cuando llevan marcado el sello que les puso la Inglaterra en las espaldas? (Aplausos.) Y, señores, no ha habido legislación en la Cámara de los Comunes ó en la Cámara de los Lores, en que no se haya protestado contra la política unas veces de los gobiernos de España, contra la política otras de los capitanes generales en la cuestión de la trata; y no ha habido Gobierno español que no haya tenido que dar satisfacciones a la Inglaterra por estos graves asuntos; y la Inglaterra ha hablado siempre en esta cuestión con una especie de autoridad y de soberanía imperiosa, y los ministros españoles le han tenido que contestar muchas veces humildemente.

Pues bien, señores representantes, ¿han hecho lo mismo los Estados-Unidos? ¡Ah, señores! permítame que yo proteste aquí contra las palabras inconvenientes, dictadas por un gran celo, por un gran patriotismo, pero inconvenientes, contra las palabras que se han pronunciado aquí respecto al representante de los Estados-Unidos, respecto a esa nación, respecto a su presidente, es nombre de esta nación democrática, de esta nación republicana, que no puede menos de tener un gran culto y una gran admiración por el pueblo ilustre que en poco menos de un siglo que cuenta de vida, ha sabido resolver el problema tras el cual andamos nosotros desde hace tanto tiempo; el problema de hermanar la democracia con la libertad y la República con la autoridad y el Gobierno. (Bien, bien.)

Si además se recuerda que en esta desconfianza general que la Europa tiene y no puede menos de tener, porque yo hago justicia a todos los sentimientos que en esta desconfianza que la Europa tiene respecto a nuestra democracia y a nuestra democracia y a nuestra república, esos Estados-Unidos se apresuraron a reconocernos y a decir con su garantía moral y material ante el mundo que este es un pueblo digno de gobernarse por sí mismo, sin temor de que los hechos lo desmientan, ¿no debe ser doble

nuestra gratitud hacia esa gran nación que tiene de nosotros tan elevadas ideas? Y si además de esto, el presidente de los Estados-Unidos, en un discurso de que él solo es responsable, porque no tiene que consultar ni siquiera a sus ministros, puesto que es el discurso pronunciado al adelantamiento de su segunda presidencia, este hombre ilustre, que ha combatido en los campos de batalla, que ha renovado las hazañas del Gran Alejandro, dice «no quiero guerra, no quiero el predominio militar, no quiero conquistas, solo quiero la libertad, la democracia; quiero que todos los pueblos estén unidos bajo un mismo derecho;» este hombre que dice eso, ¿no debe ser aclamado por una Cámara republicana y reconocido como la colosal figura que cierra el tiempo de las conquistas é inaugura el tiempo de la libertad y del derecho?

En tiempo de cierto ministro célebre, que se propuso ganar la presidencia de los Estados-Unidos anexionando Cuba y Puerto-Rico a los Estados del Sur, para obtener dos Estados esclavistas en la Confederación, en este tiempo se comprende, se explica que los Estados-Unidos, y especialmente los Estados del Sur, protegieran las expediciones filibusteras; y los Estados del Sur las protegieran; y cuando estaba amenazada la integridad de nuestra patria, y cuando estaban amenazados Cuba y Puerto-Rico era en el tiempo de los negros, en el tiempo de los Estados esclavistas, en el tiempo de la esclavitud, porque ellos tenían mucho interés en que hubiese dos Estados que pesaran en la balanza de América.

Pero ahora, ¿qué interés pueden tener en poseer Cuba y Puerto-Rico? No; no tienen ninguno, absolutamente ninguno; desequilibrarían completamente la Confederación introducirían en ella un elemento de retroceso; llevarían una raza que no se aviniese con la raza anglo-sajona, que ha tenido que combatir con las razas no afines, y quizás comprometer la grandeza, el orden y la paz de aquel pueblo y de su maravillosa República.

Y esto lo comprenden admirablemente los Estados-Unidos. Pero, señores, como quiera que tienea una frontera cercana a nuestra frontera, como quiera que ha habido una insurrección en Cuba ellos, como la Inglaterra, han dirigido, no amenazas, que ya sabea cual es la dignidad de la nación española; no, de ninguna suerte; notas que pudieran ejercer presión sobre asuntos interiores; no, señores; nos han dirigido las advertencias amistosas, corteses, que todos los gobiernos se dirigen entre sí en este gran Congreso que forman las naciones civilizadas... (El Sr. Suarez Inclán: ¿Y la nota de 29 de Octubre? Hablaré de esta nota: en primer lugar, esa nota, no una nota dirigida al ministro de Estado de España, sino una nota dirigida al representante de los Estados-Unidos en Madrid, y en esa nota no se le decía al representante de los Estados-Unidos que diera lectura y que la dejara al ministro de Estado español. (Un señor representante: ¿Y el publicarla?) El publicarla puede ser abuso de confianza ó de descuido; y yo en estos mismos días he estado a punto de ser víctima de un descuido, y he tenido que valarme de una gran actividad para impedir la publicación de una nota, que sin embargo estuvo a punto de publicarse. (Ruidosos aplausos.)

Además, si por las tradiciones diplomáticas de los Estados-Unidos la nota se publicó, no tuvo de ella noticia, y sobre todo, noticia de oficio, el ministro de Estado; no le fue leída ni presentada nunca; no influyó en sus resoluciones, dictadas solo por su propia conciencia.

No; aquel ministro no conoció la nota, no tuvo noticia alguna de ella, no la supo, cuando ya tenía decidida la abolición de la esclavitud.

El partido radical comprometió respecto a la cuestión de Cuba y Puerto-Rico: ¿No los tenemos nosotros? Y yo, que todavía no he tenido una conversación sobre política americana con el dignísimo representante de los Estados-Unidos, que muchas veces ha venido a verme, y por la presión de las circunstancias no he podido hablar con él, yo tengo que decir que soy partidario de la abolición en Cuba, teniendo en cuenta todos los intereses; soy partidario de las reformas coloniales, de llevar todas las libertades a Cuba y Puerto-Rico en la medida de lo posible; pero si alguno me viniera a recordar estos compromisos ó a imponérmelos, diría: estos son compromisos con mi patria y mi conciencia, y no tiene nada que ver con ella una nación extranjera. Y el dignísimo ministro de los Estados-Unidos, que nos conoce y nos estima, jamás se impondría a él al nación y a la República española.

Y, señores representantes, lo que sucedió en te ministerio radical, fué que inmediatamente que ese ministerio subió al poder, tenía compromisos con la nación española de transformar el régimen de la Antillas y de hacer todo lo posible por abolir la esclavitud.

¿Qué diría el Gobierno si cualquier Ministro extranjero le dijera: «¿como va Vd. a resolver la cuestión de los foros de Galicia? ¿Qué va Vd. a hacer respecto de la rabasa morta de Cataluña?» No lo diría ningún Ministro extranjero, no lo puede decir, porque esas son cuestiones de nuestra completa y absoluta competencia; pero en la cuestión de la esclavitud dado el espíritu humano, dado el adelanto de las ideas, dados los compromisos de la Nación española, dados los tratados, la cuestión de la esclavitud tiene un lado internacional.

Y así es, Sres. Representantes que sobre esta cuestión, y la política de la franqueza es la mejor política, que sobre esta cuestión han tenido reclamaciones de Inglaterra todos los ministros de España, absolutamente todos. No ha habido legislación ninguna del Parlamento inglés en que no se haya reclamado algo contra nuestra administración en Cuba; no ha habido Ministro inglés que no haya hecho alguna reclamación.

Pues a pesar de ser una cuestión internacional, en el momento mismo en que el Ministerio Ruiz Zorrilla la planteó, no había sido objeto de ninguna, absolutamente de ninguna reclamación exterior. Nadie le había pedido al Ministerio que presentase

Se presentó aquí la abolición de la esclavitud, y votamos por aclamación aquel gran decreto; le votamos casi la noche en que yo tuve la honra de dirigir la palabra al Congreso. Y así que se empujó el debate, fué el argumento capital de los conservadores: ¿por qué habéis traído la abolición inmediata? ¿Grande imprudencia! ¡Ah, señores, que se diga esto! ¿Por qué habéis traído la abolición inmediata? ¡Parece imposible que se pregunte esto! Vosotros ó los vuestros, que estáis en plena posesión del poder, obediendo por todas las autoridades acatadas por el ejército sin conflictos, sin crisis, sin revolución ninguna, sin estos tránsitos gravísimos de una República a una Monarquía democrática, y de una Monarquía democrática a otra República, ¿no pudisteis adelantaros a los tiempos, conocer las dificultades, y cuando vinieron aquí los Representantes

de Cuba y Puerto-Rico, oír sus votos y presentar un proyecto de abolición de la esclavitud, que aunque hubiera sido gradual por diez años, nos hubiera dado hoy este problema resuelto? Y resistiendo ciegamente y dejando pasar el tiempo, y no acordándonos de que no está en la mano del hombre plantear y resolver los problemas, habéis dejado que el negro arrastre su cadena años y años, y por vuestra indiferencia en esta cuestión durante tanto tiempo se ha presentado ahora el proyecto de abolición inmediata.

¡Ah, señores, no caigais hoy en el mismo error! Si yo tuviera derecho a pedir algo; si yo tuviera derecho a dirigiros alguna súplica, yo os rogaria casi de rodillas que no pusierais obstáculos a la votación de esta ley. Porque ¿sabéis de qué peligros, sabéis de qué dificultades nos hallamos rodeados? ¿Puede nadie prever, puede nadie presentir, sobre todo dada la libertad completa que este Gobierno piensa dejar en las cuestiones electorales, si en este banco continúa; puede nadie prever, puede nadie presentir qué espíritu traerá la futura Constitución? Y en esta tierra tan trabajada por las ideas revolucionarias; en esta tierra, que es un volcán, en esta tierra donde hay esta grande agitación de la conciencia y del espíritu, que no parece sino que todas las nubes, que todas las ideas que la mente humana ha lanzado de sí, vienen, por una especie de viento misterioso, a agruparse en el último límite de Europa; si en esta tierra tan trabajada por todas las ideas, viniera un movimiento irreflexivo, entusiasta, espontáneo, en la futura Constitución, ¿cuál no sería vuestra responsabilidad?

¡Ah! cómo podríamos nosotros entonces; nosotros, que digase lo que quiera, de tal manera nos encontramos; nosotros, que representamos la moderación y la prudencia, que gran argumento podríamos nosotros hacer si les dijéramos: aguardad, considerad, tened en cuenta la realidad, no os impacientéis; también se decía que no íbamos a abolir la esclavitud en Puerto-Rico, y miradla, está abolida; no vayais a comprometer en vuestras manos la hermosa Cuba. Eso lo podríamos decir con la autoridad que nos da vuestro voto; eso lo podríamos decir con vuestro consentimiento.

Pero si la abolición de Puerto-Rico no se vota, yo temo que no se detengan los futuros Representantes del pueblo ante ninguna consideración humana. Yo temo que digan en su generosa impaciencia: toda reforma aplazada es una reforma perdida. Yo temo que por un movimiento de su ánimo hagan sin recelos aquello que vosotros podáis evitar votando esta ley, con vuestra moderación y vuestra prudencia.

Yo no he planteado esta reforma; yo no la he traído; he guardado patriótico silencio; no he agitado ni espolcado a ningún Gobierno; no quería que pudiera decirse de nosotros que comprometíamos la integridad de la patria; pero tengo que decir una cosa, y es, que si el proyecto de abolición de la esclavitud en Puerto-Rico no se vota, yo declino ante vosotros la responsabilidad de los acontecimientos. (Aplausos.)

Yo la declino toda entera. Pero si se vota, declinad vosotros sobre nosotros (Aplausos); os prometemos morir mil veces antes que consentir que se disminuya ni en un átomo el territorio de la patria. (Ruidosos aplausos.)

Si la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico pudiera traer peligros para España, yo lo juro, tendríamos la honra los republicanos españoles de morir en los trópicos por la salud, por la libertad, por la independencia, por la integridad del territorio español. (Prolongados aplausos.)

Pero, señores, si no se vota, yo lo declararé ante la Europa; yo lo declararé ante América: yo lo declararé ante el mundo; no se ha votado, porque aquella Asamblea, que nació bajo la monarquía, y que bajo la monarquía trajo la abolición de la esclavitud, no ha querido abolir la esclavitud por comprometer, y aun por deshonrar una República. (Movimientos varios.)—El Sr. Mathet: No, de ninguna manera; los conservadores en su caso. (Fuertes ruidos.)

Señor, no es cuestión de partido; esta no puede ser una cuestión de partido; esta es una cuestión nacional, eminentemente nacional; no, no la hagamos, no, yo os lo pido, cuestión de conservadores y radicales y republicanos; yo no la doy ese nombre, no tiene de ninguna manera ese carácter; como hay como hace pocos días, y permitame los Sres. Representantes que me están oyendo que se lo diga; el Sr. Pardiñal por un lado y el señor general Sanz por otro, aquí, guiados por móviles que ellos creían indudablemente nobles, se lanzaban ciertos anatemas, se decían ciertas duras palabras, y yo exclamaba para mí; ¡Dios mío! ¡Si se reproducirán también en el seno de la Cámara española la rivalidad entre criollos y peninsulares (*Grandes ruidos*) entre padres é hijos; rivalidad que maldice Dios, que maldice la naturaleza y que maldice la historia. (*Ruidosos aplausos*)

Y vosotros habéis querido dar una prueba de unidad, de grandeza, al olvidar esas quejas, y reconciliarlos y decir lo que se debe decir siempre: aquí y allí no hay ni criollos ni peninsulares; aquí y allí no hay más que españoles hijos de una misma madre, del mismo espíritu, de la misma raza; que todos llevan la sangre del Cid y la sangre de Pelayo en sus nobles venas y el espíritu de España en sus generosas almas. (*Ruidosos aplausos*)

Pues bien: yo os lo pido, conservadores: esta es una cuestión nacional, esta es una cuestión de humanidad. Votad la abolición de la esclavitud para Puerto-Rico, y yo en cambio, os prometo que todos los intereses serán atendidos, que todos los intereses serán tomados en cuenta en la futura Constitución para la abolición en Cuba. Porque, Sres. Representantes, poco tengo, nada tengo; pero tengo todavía esta pobre palabra honrada y este corazón lleno de patriotismo para ponerle al servicio de mi Patria; y por consiguiente, yo os digo que es necesario que vosotros tengáis un rasgo de patriotismo, un rasgo de previsión; y si lo tenéis, si lo tendríais, si en esta misma tarde viéramos si es posible votar (*Muchos Sres. Representantes: A votar, a votar*) si se iba a abolir la esclavitud; y si no es posible, recayera sobre vosotros, y no sobre nosotros, la responsabilidad. Yo os digo, Sres. Representantes, que habríamos llenado una página gloriosa de nuestra historia.

De todos modos, las circunstancias son muy solemnes, los momentos muy difíciles, la salud de la Patria, ¿por qué negarlo? peligra en todas partes; necesitamos todos los hijos de España no acordarnos de nuestras divisiones para salvar el orden, para salvar la autoridad, para salvar la integridad del territorio, para salvar la República, que es la Patria misma; tened un movimiento de patriotismo, y yo os aseguro el agradecimiento de todas las generaciones, la bendición de la historia, y lo que vale más:

la bendición de la conciencia, que es la bendición de Dios sobre nuestra alma.—(*Bravo, bravo. Grandes aplausos. Muchos Representantes rodean al orador y lo felicitan con entusiasmo.*)

Después del elocuente discurso del Sr. Castelar, interrumpido diferentes veces por las muestras de aprobación de la Cámara, algunos señores representantes pidieron la votación del artículo a lo cual no accedió la presidencia, por haber pedido la palabra para rectificar el Sr. García Lomas.

Rectificó después el Sr. Castelar, y se levantó la sesión a las siete.

## EXTRANJERO.

## TELÉGRAMAS.

Ayer recibimos los siguientes despachos telegráficos:

PARIS, 19.

El gobierno cantonal de Berna ha destituido 97 curas católicos que habían firmado una protesta contra los acuerdos de la conferencia diocesana negándose a obedecer a la autoridad civil.

PARIS, 20.

En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 francés, a 55-50.

El 5 por 100 id., a 90-15.

El exterior español, a 23 1/4.

Consolidados ingleses, a 92 7/8.

Bolsin.—El exterior español viejo, a 22 1/2.

El de 1872, a 22 7/16.

El interior español, a 18 1/2.

## ADVERTENCIA.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia el error cometido al ajustar nuestro número de ayer, cambiando de lugar las planas segunda y tercera: en su consecuencia, la última columna de la plana primera tiene su continuación en la primera de la tercera y la última de esta al principio de la segunda, siguiendo la lectura en la plana cuarta.

Suplicamos a nuestros lectores nos dispensen esta falta hija solo de la precipitación con que se hacen estas clases de trabajos.

## SANTO DE HOY.

San Deogracias, obispo, y Santa Catalina, viuda.

## BOLSA DE AYER.

FONDOS PUBLICOS.	Ultimo precio.	CARBONERAS Y SOCIEDADES.	Ultimo precio.
3 consolidado.....	19-55	Abril 50, 4000.....	00-00
Títulos pequeños.....	19-75	Junio, 51, 2000.....	00-00
A fin de mes.....	60-00	Agosto, 52, 2000.....	00-00
Inscripciones del 3.....	00-00	Marzo, 55, 2000.....	00-00
3 exterior.....	24-60	Julio, 56, 2000.....	00-00
Personal.....	00-00	Obras públicas, 58.....	00-00
Sisas.....	00-00	Ferro-caril, 2000.....	58-20
Obras municipales.....	00-00	Id. nuevas, 2000.....	58-20
Empréstito Erlanger.....	00-00	Id. id. 2000.....	58-50
Billetes hipotecarios.....	40-40	Id. nueva 2000.....	00-00
Id. Banco de Castilla.....	00-00	Alar á Santander.....	00-00
Bonos del Tesoro.....	59-60	Banco de España.....	145-00
Cantidades pequeñas.....	57-75		
Venidos. Diciembre 72.....	00-00		
2 vencimientos.....	00-00		
Resguardos de la C. D.....	75-00		

## CAMBIOS.

Londres 90 días fecha.....	48-10
París 8 días vista.....	5-05
Burdeos 8 días vista.....	0-00

## ESPECTÁCULOS.

Teatro nacional de la Opera.—A las 8 F. 119 de abono.—T. 2.º impar.—La Africana.

Español.—A las 8 y media.—F. 181 de abono.—T. 1.º impar.—El Castillo de Sinancas.—Torreaguna.

Circo.—A las 8 y media.—F. 164 de abono.—turno 2.º par.—La paloma azul.

Zarzuela.—A las 8 y media.—F. 12 de abono.—T. 3.º par.—El beneficio del Sr. Manini, en la que tomará parte el Sr. Florini.—Sueños de oro.—Duo de Il matrimonio secreto, cantado por el beneficiado y el Sr. Florini en el intermedio del segundo al tercer acto.

Variedades.—A las 8 y media.—Pelos y señales.—El anillo del Diablo.

Martin.—A las 8.—A beneficio del Sr. Moreno.—El arciano de San Gil. Como el miércoles.—Los locos de Leganes.—Baile.

Recreo.—A las 8.—El Postillon de la Rioja.—Matar ó morir.—El juicio final.

Eslava.—A las 8 y media.—Las dos joyas de la casa.—A cadena perpetua.—El amante espírita.—El aceite de Bellotas.—Cuadros disolventes.

Bonea.—A las 8 y media.—Corona y gorro frigio.—Tres al sacro.—Corona y gorro frigio.—Amor y caridad.—Baile.

## ANUNCIOS.

## LA ESPAÑA FEDERAL,

DIARIO REPUBLICANO INDEPENDIENTE.

DIRECTOR, LUIS BLANC.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Madrid: un mes..... 6 rs.

Provincias: tres meses..... 24

Idem: seis meses..... 46

Un año..... 80

Extranjero y Ultramar: tres meses..... 60

Anuncios. Un real línea.

No se responde de las cartas que contengan sellos, si no vienen certificadas.

La suscripción podrá hacerse directamente en esta Administración, ó por medio de comisionados, a los que se les harán rebajas convencionales.

Los que se dediquen a la venta del periódico obtendrán un 25 por 4 rs.

Ningún pedido ni suscripción se servirá sin hacer el pago adelantado.

Toda la correspondencia se dirigirá al Director.

Esta publicación saldrá todos los días, excepto los lunes.

MADRID: 1873.—Imp. de LA ESPAÑA FEDERAL,

Calle de San Leonardo, núm. 8.